

NUESTROS HONGOS

El Presidente.

Tal como entre nosotros se cultiva la cosa pública, fuerza es convenir que el mayor de nuestros "hongos", el más espontáneo, el más venenoso, es el que lleva la marca "Presidente".

Pudiéramos decir que es la forma originaria y generadora de todas las variedades de la extensa familia. Es el "hongo" por excelencia. El que chupa más. El que vive mejor que los demás el sudor ajeno. Y el que mejor y con mayor impunidad infecta toda la zona en cultivo.

En cualquier otro país, por despreocupado que lo supongamos, la dignidad del Jefe del Estado exige preparación especial y cuidadosa. No todos están en condiciones de asumir la alta responsabilidad del mando. La suprema dirección de los asuntos públicos no parece que deba confiarse a cualquier advenedizo. Y se busca, se expurga, se escogita, quien ha de llevarse a sitio tan eminente no para constituirse en carga que los demás hayan de soportar sino para servir los intereses generales y poner a contribución de su progresivo desenvolvimiento, inteligencia, voluntad y acción.

Ese es el Jefe de la Nación en cualquier sociedad siquiera medianamente organizada, donde el instinto de conservación colectivo obliga a la selección a fin de dar con el "más capacitado". Así, por ejemplo, en los Estados Unidos. Así, en la Argentina. Así, en Francia. En todos estos pueblos el Presidente de la República, es

algo ya ensayado, experimentado, conocido, en las altas prácticas del saber y del civismo. ¿Quién es Poincaré? ¿Quién es Wilson? No son, por cierto, unos improvisados, subidos a las altas cumbres de la representación por arte de matonismo, por magia de riqueza, o por artificioso laudo del capricho. Todo lo contrario. Es la concurrencia de muy elevadas condiciones mentales, morales y de carácter lo que les ha llevado a la altísima dignidad de supremos mandatarios.

Pero en nuestro país desgraciadamente, la Jefatura del Estado, nuestro alto mando, es un puesto en que la codicia, más que los títulos legítimos del derecho, pone sus ojos ávidos de toda suerte de concupiscencias y rapacidades. Y de ahí que sea ese cargo la más lozana y fecunda de cuantas variedades constituyen nuestra rica y portentosa flora parasitaria.

Como quiera que se examinen los casos hasta ahora presentados a la experiencia, el Presidente no ha sido más que eso: Un Hongo.

Don Tomás, ¿qué fué? ¿Y José Miguel? ¿Y nuestro insuperable Menocal? A ninguno de ellos debe la República absolutamente nada. Para los tres, en mayor o menor medida, en una forma o en otra, la Presidencia sólo ha sido un cargo que debía explotarse en beneficio propio, algo así como una heredad o patrimonio personal de que se hallaban en pleno dominio. Ni una ley, ni un decreto,



ni un simple acto de voluntad, en beneficio de las clases trabajadoras. Chupar sólo. Vivir la energía social. Consumirla. Pero, a cambio, NADA... "No tiene el derecho de consumir quien no sabe producir" —es la fórmula actual de la dinámica del mundo. "El que no trabaja no tiene derecho a comer" he ahí la verdad en que se asienta toda la dialéctica llamada a presidir la economía social. Pues bien: nuestro tipo presidencia, en las tres fases o momentos señalados, ha desenvuelto admirablemente la teoría de que el PODER es una carga pública. Algo que los pueblos deben sobrellevar con toda esa manse-dumbre conque el buey soporta el yugo y tolera el aguijón.

Tal es nuestro "hongo" primario y fundamental. De ahí dimanan todas las demás formas o variedades. El "legislador", el "colector", el "botellero", el "alto funcionario atracador", el "agiotista", no son más que derivaciones suyas, repercusiones suyas, un eco de su inmoralidad. De tal manera, que si nos imagináramos en Palacio, presidiendo los destinos del país, un hombre capacitado mental y moralmente para llevar la toga de Primer Ciudadano; un hombre con inteligencia y rectitud bastantes a gobernar con los altos ejemplos y las grandes iniciativas, todas las demás corrup-telas desaparecerían.

Concebid un Presidente bueno, y habréis acabado con nuestro profundo relajamiento social.

Cultivando el periodismo, género literario de responsabilidades grandes, Joaquín Llerena sirvió generosamente a su país, defendió elevados principios, tuvo nobleza en el ánimo, sencillez, naturalidad y fervor en la voz. Y hoy, con tales cualidades reflejadas en un obra extensa, puede

servir de modelo a los que trabajan en el mismo campo de la actividad social.

Dr. Raimundo Lazo

Catedrático de Gramática Histórica en nuestra Universidad de la Habana.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA